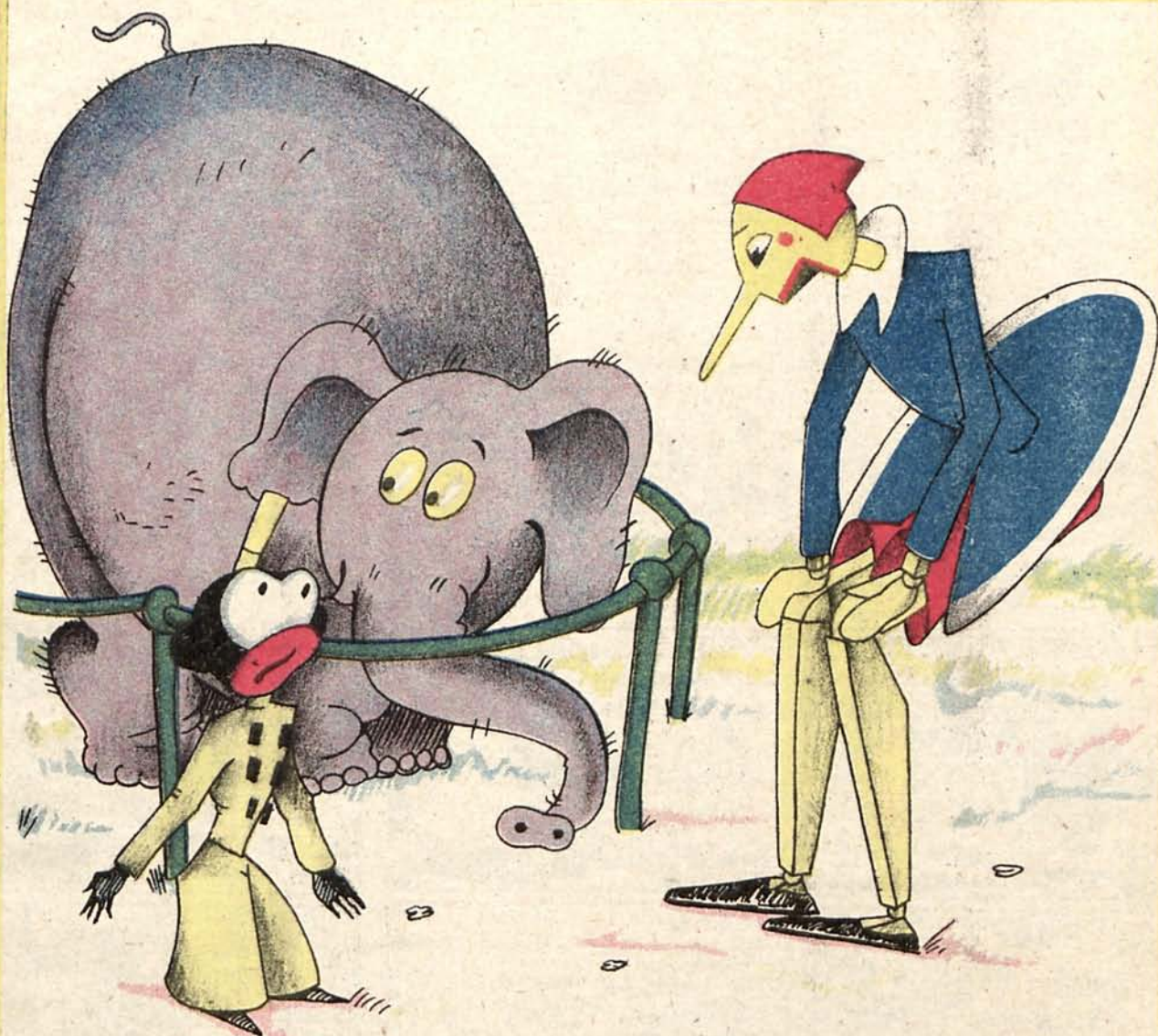


PiNOCHO

AÑO. V
NUM. 244

25 cts

20 OCTUBRE
1929

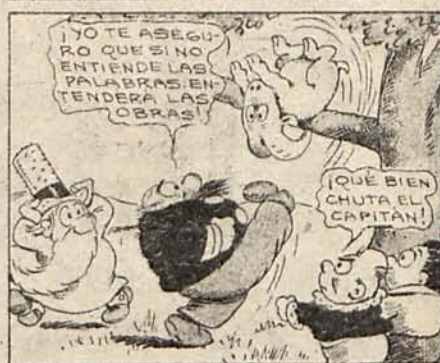


- MIRA; ESTE ELEFANTE ES MUY BRUTO; NO HAY FORMA DE HACERLE COM-
PRENDER QUE MAS VALE MAÑA QUE FUERZA.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR C. GIOVANELLA Y S. M. BARBIERI

(Continuación)

hasta la estación y tomar allí el primer tren para Calcuta.

»El camarero se echó a mí para retenerme y me volvió a meter con no muy buenos modos las piernas en la cama.

»—Pero ¿qué hace usted, caramba? Estése quieto, por favor—dijo con brusquedad—Coma primero, y luego se levantará.

»Yo estaba desesperado, y furibundo.

»—Bien; pero dime: El Príncipe de Gales ¿ha llegado?

»—¡Toma! ¡ya lo creo!—y reía en él toda la cara, de entusiasmo—. Y ¡qué fiestas, qué recibimiento, qué...

»—¡Dios mío! ¡Dios mío!—repetía yo, ahora anonadado—. ¡Qué vergüenza! ¡qué desastre!

»Vino el médico, me tomó el pulso, me miró la lengua, me preguntó si tenía apetito, y se marchó después de darme permiso para comer algo. Me trajeron pollo, y se me consintió beber de un exquisito burdeos que acabó de restaurarme y devolverme un poco de las fuerzas perdidas. Y en seguida ordené que me llevaran mis ropas porque a toda costa quería levantarme.

»Pero, después de una larga espera, las ropas no vinieron. Vino en cambio un hombrecillo bajo y tieso como un clavo, pálido y gris, de nariz pequeña y respingada. Me hizo una reverencia desde la puerta y se puso a hablar sin adelantarse, con una lentitud irritante y una cadencia lánguida desvaída.

»—Señor—susurró—me complazco en ver a usted restablecido. Pero me tiene desolado un enojoso contratiempo que no me permite obe-

decir sus últimas órdenes. He rebuscado y registrado por todas partes y no logro dar con las prendas de vestir y el equipaje de usted.

»Me senté en la cama de golpe, con los ojos dilatados por la sorpresa.

»—¿Que no lo encuentra usted? ¡Pero eso no es posible!

»—Tampoco yo sé explicarme semejante desaparición...

»—Pero... puntualicemos. Usted es responsable...

»—¡Oh! yo ni siquiera he visto si traía usted algún bulto cuando llegó. Con tantas confusiones...

»—Bultos no, no traía más que un saco de mano; pero ¡por Dios! ¿y el traje que tenía puesto? ¿y la cartera, y el Kodak? ¿dónde fueron a parar? ¿qué hizo usted de ellos?

»—¿Yo? Aquí, en el cuarto de usted, no se ha tocado a nada. Ni aun el camarero encontró el traje cuando lo buscó para cepillarlo...

»—¡Es increíble! ¡increíble...! Pero el señor Grimmert, aquel amigo que me acompañaba ¿dónde está? Digale que le ruego que venga.

»—Se fué, señor, se fué el mismo día de su llegada; y dejó para usted este volante.

»Y avanzó por fin para entregarme un papel que no había yo llegado a ver entre sus manos, tanta era mi agitación.

»Desgarré el sobre con dedos temblorosos; y apareció una tarjeta, una tarjeta que me hizo palidecer. Y leí, nublándose me los ojos, estas cortas pero terribles líneas:

SEGISMUNDO KÖWAES

«píde a usted excusas por la pequeña indisposición que ha tenido que ocasionarle, dándole gracias por la amistad con que tuvo a bien honrar a éste su adicto servidor que le saluda con toda cordialidad.»

«¡Engañado! Engañado ¿comprendes? con todas las reglas del arte. ¿Engañado del modo más completo y más humillante. ¡Ah, qué maravilloso histrión! ¿Quién hubiera podido reconocer en la faz imberbe y severa del señor Grimmert el rostro característico, la sarcástica sonrisa, los ojos fulminadores de los retratos de Segismundo Kōwaes publicados en todos los periódicos del mundo? Con todo, me increpé cien veces, calificándome de imbécil en alta voz, tanto que el hostelero me contempló turbado, temeroso de que volviera a perder la cabeza, mientras mi pensamiento, volviendo atrás, reconstruía las vicisitudes de todos aquellos condenados días. ¡Sabe Dios qué brebaje diabólico me había hecho engullir, cuándo ni dónde, para provocar la fiebre que debía tenerme inmovilizado en cama por más de una semana! Y además de eso, para que no me fuera demasiado fácil reemprender el viaje, habíame cogido el dinero y hasta mis ropas de vestir, dejándome en camisa en un mesón desconocido, entre gente extraña, a una porción de millas de Calcuta, y sin un céntimo... ¡Oh! a él, al tal Kōwaes, ladrón fichado y puesto a precio, habríale arrancado los ojos con las uñas; pero a mí, que me había dejado chasquear tan estúpidamente, de buena gana me hubiera dado de cachetes, hasta... Y efectivamente, propinábame golpazos y mojicones con los puños cerrados, en las sienes que me ardían como si de nuevo me hubiese atacado la calentura. Y con el pensamiento vertiginoso volaba a las orillas del Ganges, tan próximas, tan inútilmente próximas puesto que mi competidor me había precedido todos aquellos días; volaba a París, a tu despacho, a Londres, a las oficinas de la *British Life*, donde debían de abrigar serios temores por la fallida información del viaje del príncipe y la carencia absoluta de noticias mías; volaba a la triste colonia penal de la Senegambia, donde, por culpa mía, por mi estúpida imprudencia, por mi bobalicona candidez, un inocente, el padre de uno de mis amigos más queridos, tendrá acaso que ver transcurrir el resto de su vida

sin más esperanzas de poder probar su propia inculpabilidad...; y las lágrimas, lágrimas de rabia y de dolor, lentas y abrasadoras me surcaban las mejillas enflaquecidas.

«—¡Prontol—grité al mesonero que me miraba atontado.—¡Prontol! ¡Corra y llame a la policía! Me han traicionado, burlado y estafado... ¡Corra a dar parte!...

«El hombrezuelo no pudo hablar siquiera. Prorrumpió en un ¡ah! que se le quedó en la nuez atragantado, y se precipitó puertas afuera, agitando las manos en alto, por encima de su pobre cabeza pelada, significando así su asombro y desesperación. Entre tanto, pedí al criado me trajera uno de sus trajes. Mientras me vestía, puseme a reflexionar en lo que me convendría decir o callar acerca del autor de la bellaquería y de las razones secretas de la persecución y del hurto mismo; de esa manera me persuadí de que lo mejor, para no complicar las cosas y seguir la línea de conducta precedentemente trazada, era no pronunciar el nombre de Kōwaes y referir el hecho sin comentarios ni aclaraciones. Destruir por tanto el escrito en minúsculos pedazos que tiré por la ventana.

«De allí a poco llegó el comisario de policía con dos agentes y algunos cipayos, y detrás de ellos la diminuta figura del fondista, ansioso y agitado.

«—Le he hecho llamar a usted—dije al comisario—porque soy víctima de una estafa extraordinaria. Por culpa de un falso amigo, me encuentro en esta casa solo y sin dinero...

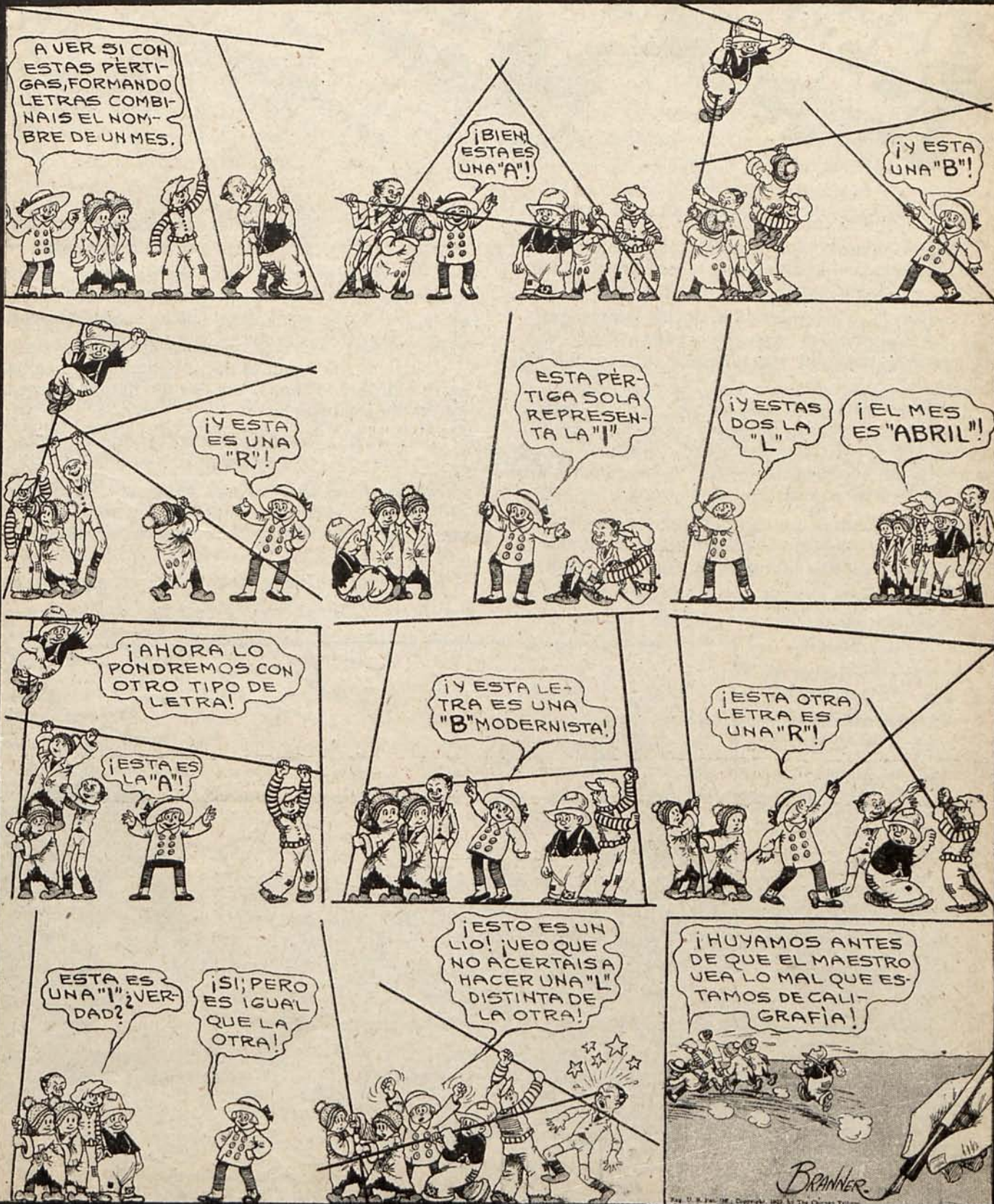
«—Explíquese—contestó el comisario en tono categórico pero cortés.

«—Es una historia sencilla. La historia de siempre. Viajaba con destino a Calcuta cuando caí enfermo de no sé qué mal que me privó por varios días del conocimiento. Mi compañero de viaje, un tal Arturo Grimmert, al que había conocido en Bombay, me condujo aquí, a esta posada, donde ahora me doy cuenta de mí después de una semana de fiebre, suficientemente restablecido pero en condiciones por demás

(Continuará en el número próximo)



COLORÍN y su PANDILLA





(Continuación)

ella alguna vegetación y hasta agua, recogida en ciertas cavidades bastante bajas, algo salada, a decir verdad, pero suficiente para no morir de sed.

También él se mantuvo al principio con langostinos, y encontró luego tortugas y algunos nidos de pájaros marinos, que saqueó para nutrirse con los huevos.

Se había fabricado una cabaña; como Serrano, consiguió hacer fuego, utilizando su cuchillo y pedazos de sílice; pero tampoco estaba satisfecho. A él asimismo aquel aislamiento había terminado por hacerle la vida insostenible.

Un día, mientras se esforzaba por encontrar un medio cualquiera de huir de aquella isleta, vió que la corriente arrastraba una gruesa viga con algunos trozos de vergas.

Debió de ser aquello resto de un naufragio.

El marinero se arrojó al agua, sin parar mientes en el peligro a que se exponía, y confiése a las ondas.

Los tiburones le acometieron furiosos, pero consiguió alejarlos apaleándolos con un trozo de verga; una tempestad le sorprendió más tarde, y le puso en el trance de abandonar aquella tabla de salvación.

A pesar de todo, resis-

tió el ímpetu de las olas, al sueño y a la sed, y finalmente alcanzó a descubrir la isla habitada por Serrano, que al principio tomó por la costa de Cuba.

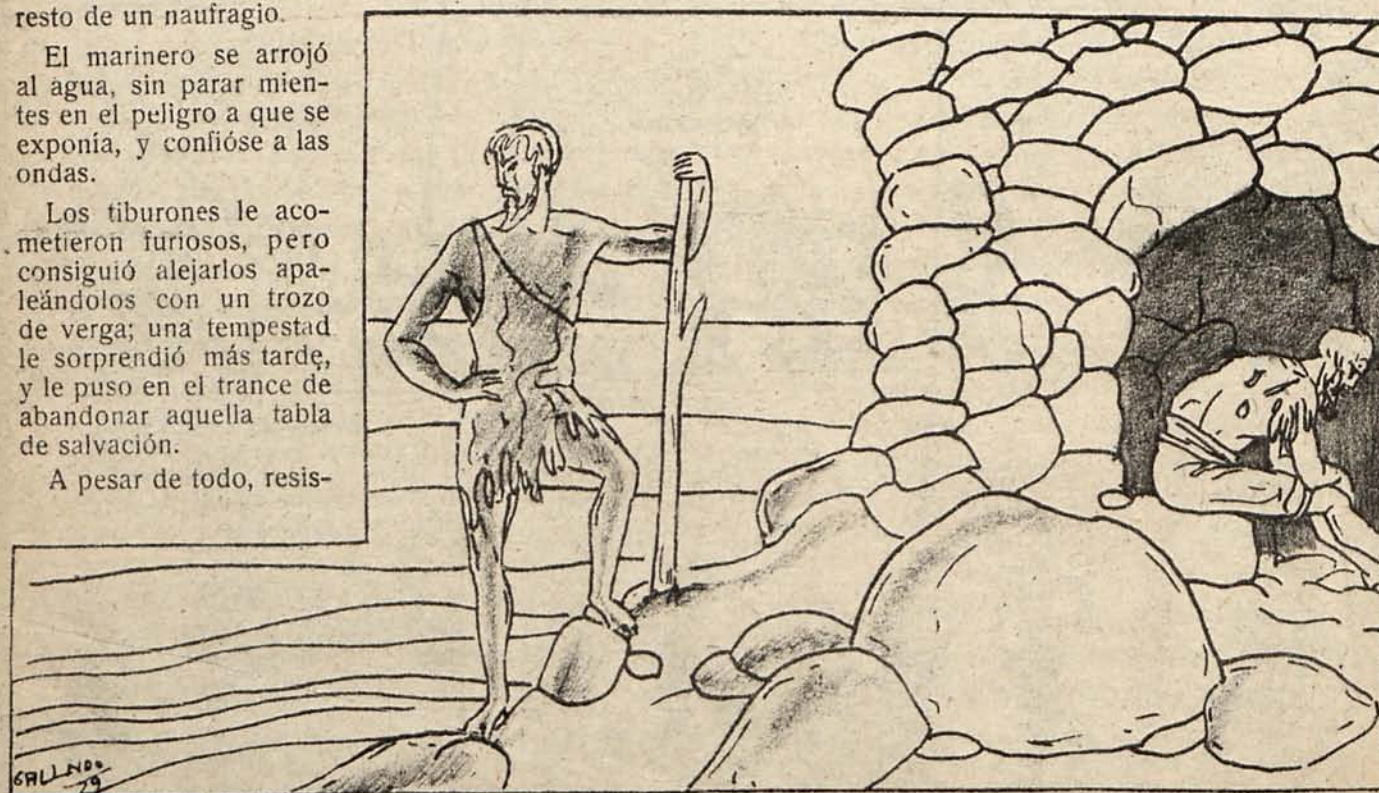
—Uniremos nuestros esfuerzos para llegar a sitios habitados—dijo Serrano, después de haber escuchado la historia de aquel desgraciado—. Seremos como hermanos, y nos consolaremos mutuamente.

Contaban con aquellos pocos residuos para embarcarse y probar fortuna. Pero cuando fueron a buscarlos, ya no estaban allí.

La marea alta los había puesto de nuevo a flote, y la corriente del golfo se los llevó mar adentro.

Fué un golpe terrible para aquellos desgraciados; arrojáronse uno en brazos del otro, y lloraron largamente, lamentándose de la despiadada adversidad del destino.

Pero el decaimiento duró poco en aquellos dos





hombres. Resueltos a no dejarse morir, reemprendieron animosos la lucha por la existencia.

Agrandaron la cabaña, añadiéndole conchas de tortuga, para resguardarse de los frecuentes chubascos que caían sobre la isla en increíble abundancia; en las rocas excavaron depósitos para no correr el riesgo de quedarse sin agua durante la estación seca, y, por último, dispusieron viveros para la cría de peces y tortugas.

Un día, escudriñando en unas hendiduras, hallaron una especie de arcilla que les pareció de calidad excelente. Aquel descubrimiento les sugirió la idea de prepararse un menaje de cocina.

La mezclaron con conchas machacadas, y tanto se aplicaron que, al cabo de un mes, tenían platos, vasos y hasta pucheros.

Imagináos cual no sería su contento al saborear, al cabo de tantos años, un buen plato de caldo de tortuga.

Y, sin embargo, no eran felices. El deseo de volver a hallarse entre sush emejantes se hacía sentir en ellos con mayor vehemencia de día en día. Aun juntos, no podían resistir por mucho tiempo aquella existencia lejos del mundo.

En vano pasaban días enteros tendidos sobre las rocas más altas de la isla, espiando sin tregua el horizonte.

Ningún barco pudieron descubrir desde el día en que se encontraron.

Una noche, mientras Serrano, rendido por una prolongada caminata que había emprendido por el interior de la isla, estaba dormido, despertóle bruscamente su compañero de desventura.

—¡Arriba, amigo!—le gritó.

—¿Qué ocurre?—preguntó Serrano, medio adormecido aún.

—En el horizonte he visto brillar un punto luminoso.

Serrano, al oír aquello, levantóse precipitadamente, corriendo hacia una roca que dominaba la playa. No era posible engañarse: sobre la línea opaca del horizonte destacábase netamente un punto luminoso que no podía ser confundido con una estrella.

—¿Lo véis?—le preguntó su compañero.

—Sí—respondió Serrano con sofocada voz.—Es un farol que se acerca.

—¿Un barco?

—Sí, un barco que viene acaso de Cuba.

—Vamos a hacerle señales.

Apresuráronse a reunir todos los haces de algas secas que tenían almacenadas, y encendieron en varios puntos de la playa grandes hogueras, que alimentaban sin cesar.

La luz seguía viéndose, pero parecía inmovilizada. Verdad era que después del crepúsculo se había calmado la brisa, y sobre el mar reinaba una calma absoluta.

Serrano y su compañero, embargados por una emoción más fácil de imaginar que de describir, no apartaban un instante sus ojos de aquel punto luminoso que para ellos representaba el fin de su insoportable aislamiento.

—¿Se acerca?—preguntaba el uno.

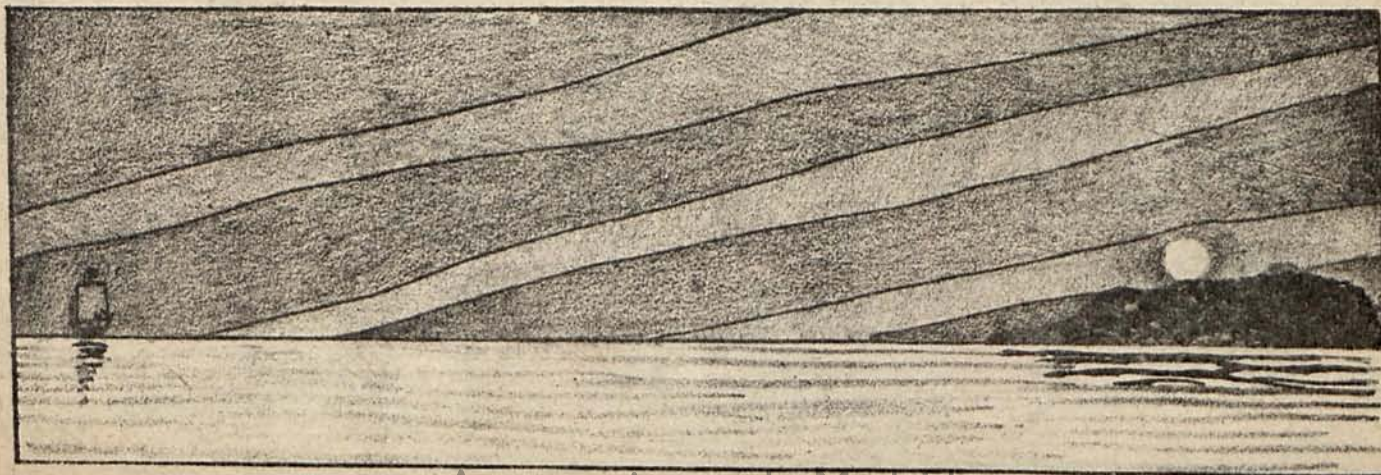
—No, me parece que no se mueve.

—¿Será que la tripulación no vea las hogueras?

Las haremos mayores.

Hacia media noche, un surco flamígero alzóse en el espacio, justamente por encima del punto luminoso.

(Continuará en el próximo número)

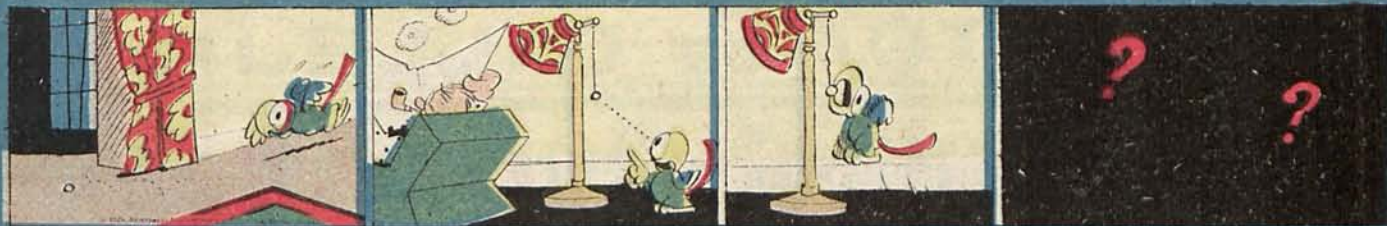
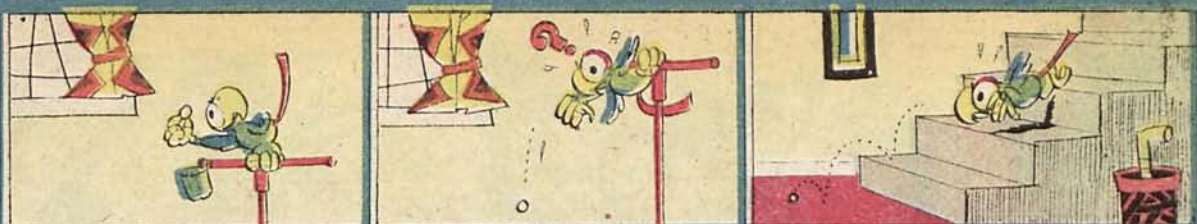




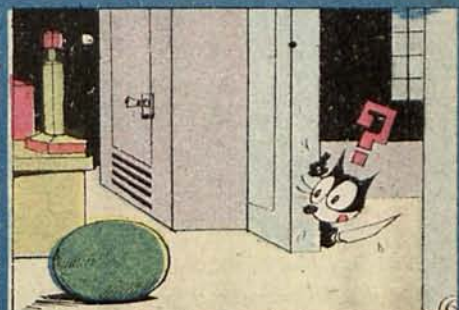
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

KHING-CHU-FU

Castillo



STÁBASE peinando Khing-Chu-Fu, Emperatriz de la China, cuando sus doncellas, que, de rodillas, presenciaban la delicada operación de combinar artísticamente el imperial cabello de S. M., prorrumpieron en gritos de asombro mal contenidos por la etiqueta de palacio.

—¿Qué ocurre?—se dignó preguntar Khing-Chu-Fu, volviendo la cabeza.

—¡Ah señora!—exclamaron a coro las doncellas—Brahma se ha dignado señalarnos con una muestra de su protección.

—Y ¿cuál es?—interrogó la Emperatriz.

—Un hilo de plata que aparece entre vuestros hermosos cabellos.

—Es decir, que tengo una cana. Que vengan ahora mismo los augures y astrólogos para que me digan lo que esto va a significar.

Cinco minutos después, el regio tocador estaba lleno de hombres bigotudos y con gafas que, arrodillados, aguardaron la consulta.

—Hoy me ha salido una cana—exclamó la Emperatriz.

Los augures se tiraron de los bigotes con desesperación, dejando lleno de pelos el pavimento.

—Salud—dijo el más viejo—, Hija del Sol, que tienes el brillo del diamante, la belleza del iris, la sabiduría de Confucio y la dulzura de la miel: ese hilo de plata augura una terrible desgracia en el imperio. Sabed que Brahma ha decretado, ¡horror me causa decirlo!, que se os va a picar una de vuestras imperiales muelas.

Voló la noticia a la ciudad, y bien pronto Pekín entero salió por calles y plazas llorando a lágrima viva la terrible picadura de la *mu*, porque les estaba prohibido a los simples súbditos pronunciar por completo el nombre de los imperiales miembros y demás partes del cuerpo de su egregia soberana.

—La *mu*, la *mu*—gritaba el pueblo enloquecido, asemejándose Pekín a un inmenso encierro de toros.

En estos días llegó a Pekín un joven español, natural de Sevilla, mozo gracioso y desenfadado, que llegaba a la capital del imperio chino después de haber recorrido medio mundo a pie, sin dinero y sin vergüenza. Se las daba el tal de entendido y hasta de científico, y todo porque había sido mozo de caballos y monosabio en su pueblo, donde le llamaban de mote *Pinchauvas*.

Pues nuestro *Pinchauvas* quedó asombrado al ver la desesoperación de aquellos chinos, y, sobre todo, cuando oyó aquello de ¡mul, mul, que le hizo temer el encuentro con una torada. Por si acaso, adoptó el partido de subirse a la primera ventana que halló a mano.

No bien hubo subido, cuando del interior de la casa salió una mano, y luego un brazo, que, cogiéndole bonitamente por el cuello, le hizo entrar en la casa de modo sobrado original.

Aquel brazo era el de un guarda del palacio que, al ver subir a nuestro sevillano a una ventana de las habitaciones imperiales, le detuvo para entregarle a la justicia y le llevó a través de las galerías del palacio hasta las habitaciones del gran canceller.

Por fortuna, este funcionario chapurreaba el francés, y *Pinchauvas* también, de modo que, al fin, vinieron casi a entenderse.

—Y tú, ¿qué eras en tu tierra?—preguntó el canceller.

—¿Yo? Monosabio.

El canceller no entendió lo de mono, pero sí lo de sabio, y, lleno de alegría, le dijo:

—Voy a hacerte una pregunta, y si me contestas con acierto cuenta con mi protección.

El canceller enteró a *Pinchauvas* de la causa que había sembrado el dolor en Pekín, y el muchacho, sonriendo, le dijo con el mayor descaro:

—¿No es más que eso? Pues voy a devolver la calma al imperio chino.

Le llevaron al cuarto de baño, y, en un periquete, le perfumaron y le vistieron con un magnífico traje de seda y oro.





Pinchauvas, acompañado del gran canciller, pasó a las habitaciones imperiales, y allí, por ser el jefe del Gobierno el que le acompañaba, no tuvo que hacer más que once antecámaras, al cabo de las cuales fué introducido a la presencia real.

—Aquí os traigo, Princesa insigne, al sabio nigromante más célebre de la tierra—dijo el canciller, que debía tener más de andaluz que de chino—. Una tromba le ha hecho caer sobre este palacio, arrastrándole de luengas tierras, y en el seno de ella me ha parecido ver al gran Confucio que le tenía cogido por el pescuezo.

—¡Levantaos, sabio!—dijo con dulzura la Emperatriz.

Pinchauvas no se meneó.

—¡Que te levantes, sabio!—repitió en francés el canciller.

—¿Pero, es a mí?—exclamó *Pinchauvas*.

Y de un salto se puso en pie.

—¡Ponte en cuclillas o eres muerto!—le gritó el canciller.

—No me da la gana—contestó el muchacho.

—¿Qué dice?—interrogó la Emperatriz.

—Que necesita reconocer el hilo de plata que os regaló Brahma esta mañana.

—Miradlo—dijo con énfasis la Emperatriz.

Y, soltándose las setecientas horquillas y los trescientos agujones que llevaba prendidos, dió al aire su sedosa cabellera negra, en la cual se destacaba una cana blanca como la nieve.

Avanzó *Pinchauvas*, con más miedo que vengüenza, y, decidido a todo, cogió la cana y, haciendo signos como de estar en oración, tiró de pronto; dió un grito la Emperatriz, y *Pinchauvas*, acercándose a una ventana, tiró por ella al aire el blanco cabello causa del malestar del imperio chino.



—¡Ah!—exclamó la Emperatriz—¡Devuelve a Brahma su regalito! ¡Qué hombre tan portentoso! Merece mil premios. Por de pronto le vas a ceder el puesto, y desde hoy será mi canciller; y, para que tú no estés molesto, te ahorcarás esta tarde con un cordoncito que yo he fabricado para tí estos días.

—¡Qué honor, señora, para la familia!—exclamó todo aterrado

el canciller—¿Queréis que traduzca al sabio vuestra proposición?

—Hazlo en seguida.

El pobre hombre tradujo con toda fidelidad lo que la Emperatriz había dicho, y entonces *Pinchauvas* dijo al canciller que no aceptaba su puesto sino a condición de que habían de darle a él el de secretario suyo.

La Emperatriz accedió a las indicaciones de *Pinchauvas*, y le otorgó el real sello, como signo de autoridad sin límites.



—¿De manera—preguntaba—que puedo hacer lo que me dé la gana?

—¡Cuanto quiera vuestra alteza! Ahora mismo voy a presentarle a los altos funcionarios de palacio.

Recibiélos a todos, con gestos de amable protección, y el canciller le iba traduciendo cuanto le decían.

—Mira—dijo *Pinchauvas*—, que me traigan a ese chinazo que me cogió por el

cuello hace dos horas.

—¿Cogió a vuestra alteza por el venerable cuello?—preguntó indignado el secretario—¿Quiere vuestra alteza que le quememos vivo, o simplemente que le ahorquemos?

—Quiero que lo traigan aquí vivo.

—¡Vamos, quiere vuestra alteza degollarle por su propia mano! No merece un honor tan extraordinario.

Trajeron al pobre guarda a la presencia de *Pinchauvas*, y cuando le dijeron que era el nuevo canciller, a poco se muere de terror.

—¡Cómo apretabas, amigo!—dicho *Pinchauvas*, llevándose la mano al cuello, que aun le dolía.

Creyeron los guardias que les hacía señas de que le ahorcaran, y lo hubieran hecho sin la oportuna intervención del flamante canciller, que, además de perdonar a aquel desgraciado, le confirió un alto empleo cerca de su persona.

Pinchauvas ha aprendido ya el chino, y se llama *Pin-chu-chu*, que significa el sabio de los sabios. Y cuando se acuerda de sus mocedades, dice para sus adentros.

—¡Quién había de decírtles a aquellos pobres caballos de la plaza de Sevilla que tenían el honor de ser guiados por el futuro canciller de la China!

El porvenir es un arca cerrada de la cual sólo Dios tiene la llave.—FIN.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón, ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—De lo que a ti te parezca mejor, mi querido buho.

—Ya sabes que me gusta más que seas tú el que escoja el tema.

—Pues no tardo ni un segundo en darte gusto. Déjame pensar un instante.

—Piensa todo lo que quieras.

—¡Ya está! Esa estatuilla que hay encima de la cómoda me ha sugerido el asunto.

—¿Esa Venus de Milo?

La misma. Esa estatua, manca de los dos brazos, tan popular que en todas partes se la ve, me ha atraído el interés. ¿Quieres que hablemos hoy algo sobre escultura?

—Me parece admirable el tema. Ya sabrás que la escultura es una de las cinco artes a las que se las designa con el calificativo de «bellas».

—Lo sé, querido buho. Las Bellas Artes son cinco: Poesía, Música, Pintura, Escultura y Arquitectura.

—¡Sobresaliente!

—Gracias. Y dime, ¿no hay más artes que estas cinco que acabo de citarte?

—Artes hay muchas, porque como «arte» es el conjunto de reglas que nos enseñan a hacer bien una cosa, resulta que todo aquel que sobresale en el modo de hacer bien una cosa es un artista.

—Entonces no solamente es un artista el señor que compone una pieza de música (que sea buena, claro está) sino que también son artistas los que la ejecutan bien, por medio de instrumentos musicales, y los que la cantan con verdadero gusto.

—Sin duda alguna. Pero no es preciso que busques ejemplos de arte dentro de las mismas bellas artes. Un zapatero que haga un modelo de calzado de tal buen gusto y elegancia que destaque sobre todos los demás será un artista. Como lo es el repostero que da a sus tartas y ramilletes una presentación de gusto exquisito y delicado. O la modista que imprime a los vestidos un sello de elegancia y distinción nada comunes.

—Comprendido. Para ser artista se necesita hacer algo bien.

—Eso mismo. Pero vamos al tema de nuestra charla ¿no te parece?

—Es verdad. Nos habíamos salido del camino. ¿Es muy antiguo el arte de la escultura?

—Antiquísimo. En los museos se conservan esculturas que corresponden a 4900 años antes de Jesucristo. De todas las esculturas antiguas es la más famosa por su importancia artística y por sus bellas y gigantescas proporciones, la Esfinge de Egipto, situada cerca de las pirámides de Cheops. Es una enorme figura de león con cabeza de mujer, y debido a la acción del tiempo se halla medio enterrada en la arena del desierto.

—Oye, mi querido buho ¿qué significa en escultura un «relieve»?

—Significa la figura o figuras que se hacen resaltar de un fondo. Cuando destacan mucho, hasta el punto de que casi parecen figurillas corpóreas casi desprendidas del fondo se llaman «altos relieves» y si destacan tan poco que apenas llegan a proyectar sombra se llaman «bajo relieves». Cuando estos

relieves están encerrados en un marco o entre el espacio que dejan libre dos columnas, se llaman «entrepautos».

—Déjame que tome nota en mi cuadernito de apuntes. Me interesan mucho estas lecciones que me das.

—Me parece muy acertado el sistema. Es el mejor medio de suplir las faltas de memoria. En Egipto hay también todavía obras escultóricas que han asombrado al mundo por sus colosales proporciones. El rey Amenhotep III que reinó por el año 380 antes de Jesucristo, hizo erigir en medio de la gran llanura egipcia dos colosos, de rodillas, que aparecen como dos centinelas orantes del famoso valle de los reyes donde se construyeron tantas y tan famosas tumbas reales. También en la llanura de Tebas se erigieron allá por el año 1400 antes de Jesucristo dos colosales estatuas, que representan dos figuras sentadas, y que tienen una altura de treinta y cinco metros.

—No se las llevará el viento ¿verdad, querido buho?

—Ya se ha visto que han transcurrido muchos siglos y no se las ha llevado. Antes se te llevaría a ti que eres una insignificancia.

—Más insignificante eres tú, y por lo tanto más fácilmente manejable por el aire.

—Me refiero, amigo Chononcito, a tu insignificancia relativa al lado de los colosos de Tebas. Por lo demás conste que ya sé que tú eres muy grande.

—¡Hombre, claro! Yo me refiero también a la misma insignificancia. Por lo demás conste que tú eres enormísimo, tan enorme como esos colosos de Tebas.

—Gracias, Chonón. Dejemos las alabanzas y sigamos con la escultura. Los asirios cuidaron también mucho del arte escultórico, pero los que verdaderamente le dieron un gran impulso, haciendo de este arte una especie de culto, fueron los griegos. Entre los mismos artistas de Grecia se estableció una reñida lid, que la crítica espoleaba, y esto hizo que el arte de la escultura progresara notablemente. Entre las obras que aquellas generaciones de artistas han legado a la posteridad figuran las famosas del Discóbolo de Myrón; todo el maravilloso friso del famoso Partenón, debido al genial Fidias; la popularísima Venus de Milo.

—¿Esa estatuilla que está sobre la cómoda?

—Esa precisamente, no. Me refiero a la escultura original de la que tantos millones de copias se habrán sacado en el mundo.

—¡Hombre, ya me lo supongo!

—También es famosa, la Victoria de Samotracia; el Doryforos de Policletes, y el Hermes de Praxiteles.

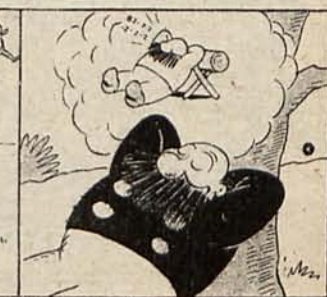
—Parece realmente que me estás hablando en griego.

—Y así es, Chononcito. Te estoy citando nombres de esculturas y de artistas griegos. Y creo, querido amigo, que tenemos que poner un punto final a nuestra charla de hoy. Mira al reloj y verás que hora es.

—Tardísimo, tardísimo. No podemos entretenernos ni un minuto más, y lo siento porque hay que cortar en lo más interesante de la charla.

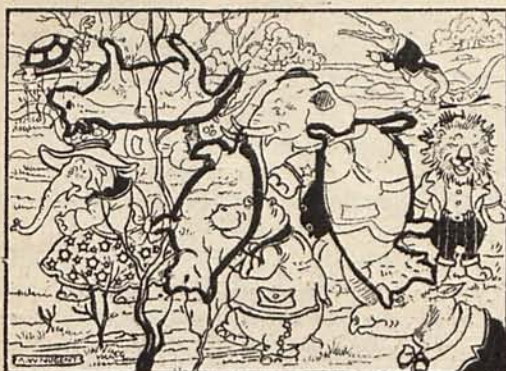
—Otro día la continuaremos. No puede ser otra cosa. Hasta luego querido Chonón.

—Adiós, mi buen buho, anda con Dios.

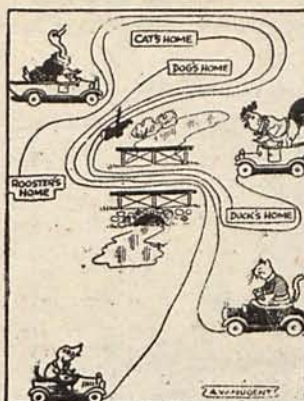


SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

LA VACA Y LOS CERDOS



EL PUENTE



EL LEÓN



LAS GALLINAS MELANCÓLICAS



EL BUHO

2	$\frac{1}{4}$	$1\frac{1}{2}$
$\frac{3}{4}$	$1\frac{1}{4}$	$1\frac{3}{4}$
1	$2\frac{1}{4}$	$\frac{1}{2}$

EL ELEFANTE GEÓGRAFO

Valencia, Soria, Córdoba, Cádiz, Barcelona, Cáceres, Teruel, Bilbao y Oviedo

DIBUJO CON ERRORES

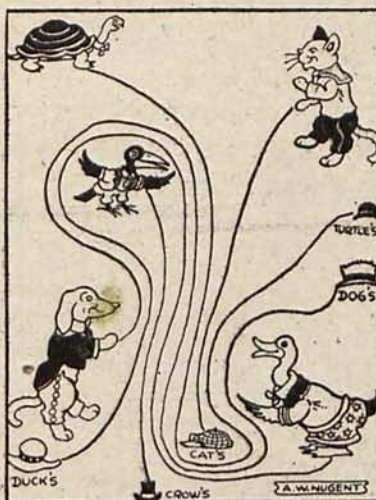
- 1.—Una bandera está en contra del viento.
- 2.—Otra tiene el cuadro negro abajo en vez de arriba.
- 3.—El neumático tiene dos válvulas.
- 4.—La regadera tiene la boca mal.
- 5.—Le falta una pata al aparato que hay al lado del neumático.
- 6.—El mismo aparato tiene el círculo descentrado.
- 7.—La bomba está mal.

EL GALEÓN

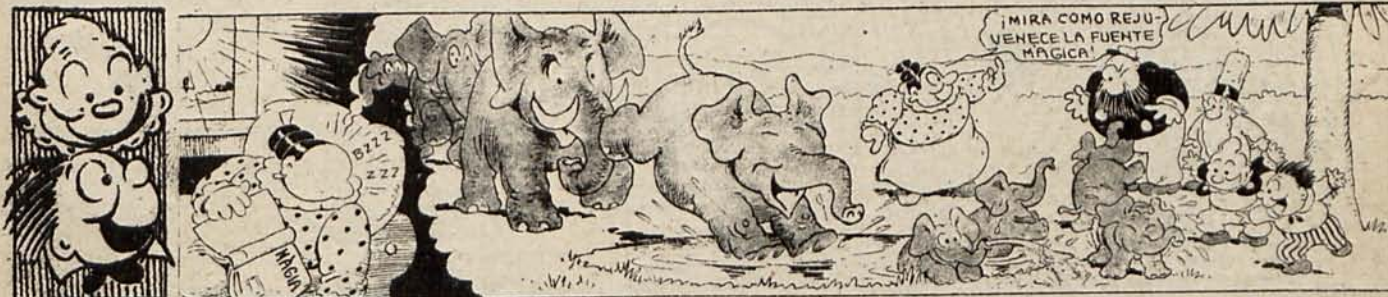
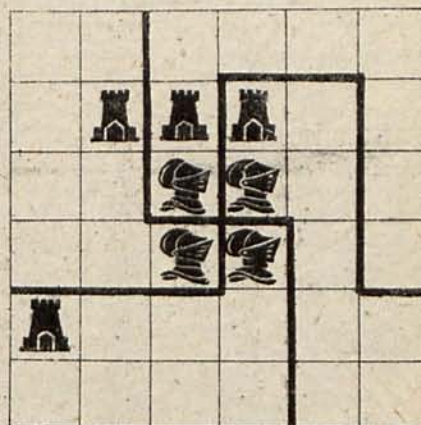
Solución: AIPTLO
EUGNSK
MBQDC
FRHA

EL TRAJE ARITMÉTICO

Solución: 1180



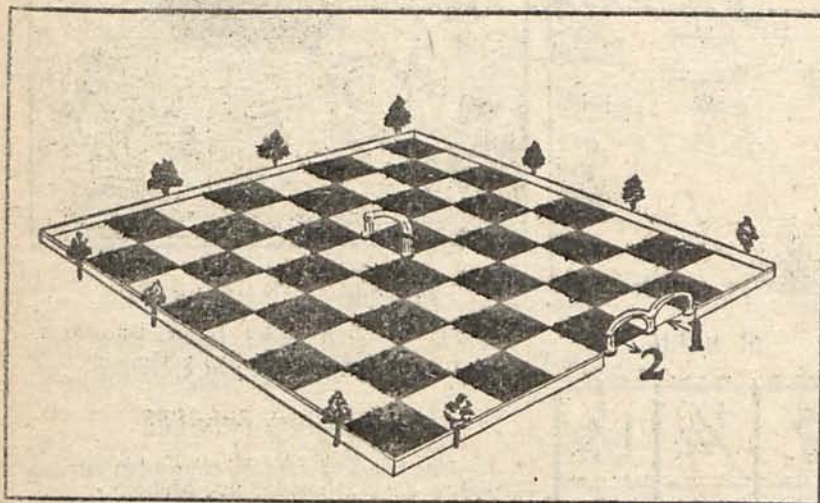
EL ESTANDARTE



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL TABLERO DE AJEDREZ

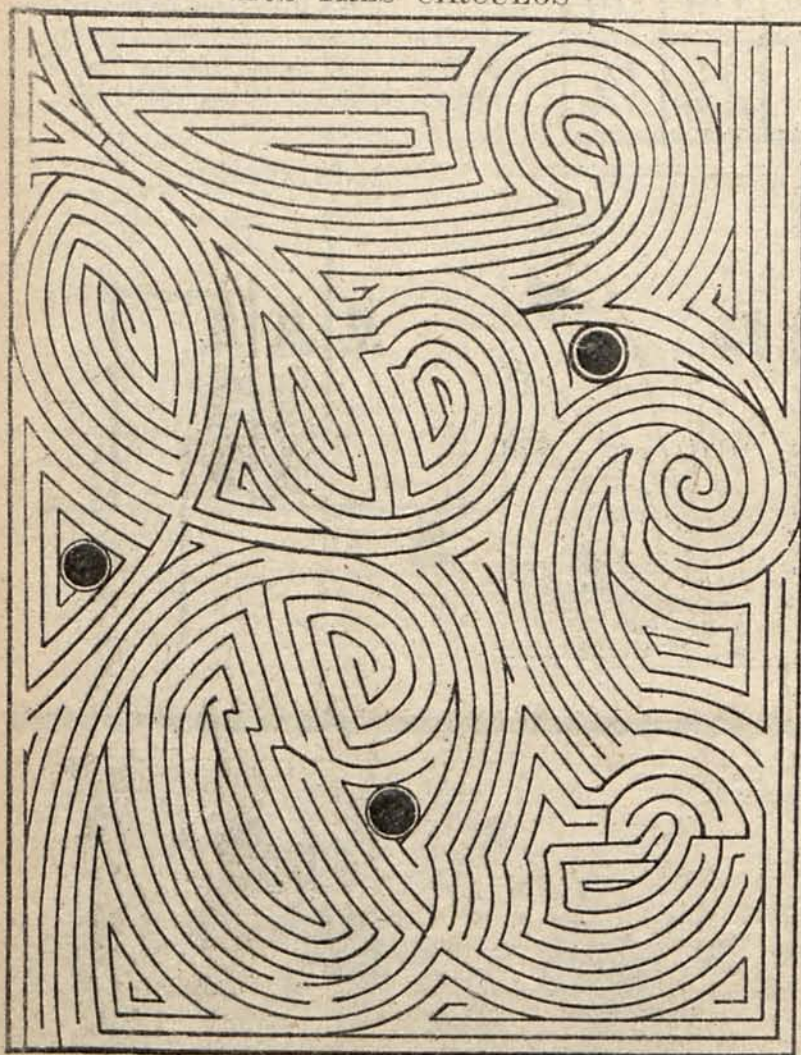


He aquí un grave problema, animosos pinochistas.

Se trata de, entrando por la puerta señalada con el número uno, recorrer todos los cuadros en línea recta hasta salir por la puerta número dos, pero teniendo en cuenta que hay que pasar por el puente que hay en el centro del tablero y que este paso hay que retrasarlo el mayor tiempo posible. ¿Cuál es el menor número de líneas que hay que trazar para conseguir nuestro objeto?

¡Ah! las líneas no pueden ir nunca diagonalmente?

LOS TRES CÍRCULOS

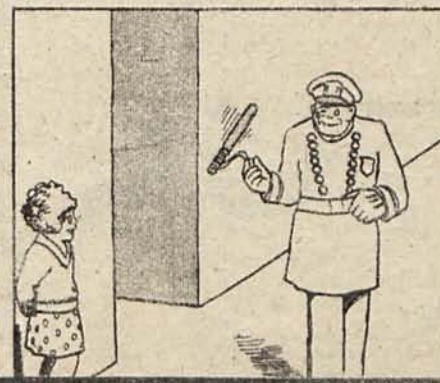


¿Qué camino hay que seguir para unir los dos círculos de los costados sin pasar por el de en medio?



Guardemos un minuto de silencio por el animal desconocido y después, para evitar, en otra ocasión, estar tanto tiempo sin charlar vamos a averiguar qué animal es este, para lo cual nos bastará trazar unas líneas siguiendo el orden de los números.

ANITA Y BUEN CORAZON





SECCIÓN PIRULA

Teresita y la lata de sardinas

A Teresita, le interesa mucho todo lo que sucede en la cocina; la interesa demasiado, ya que el lugar más adecuado para una Pirulinda, no es ese precisamente.

En la cocina, están los más implacables enemigos de las niñas: la lumbre que quema, los cuchillos que cortan (no siempre ¡ay! lo que debieran) las planchas que se la pueden caer a una en un pie, la vajilla, que se la puede caer a una... de las manos, el aceite hirviendo que salpica, las cebollas que hacen llorar, y otros muchos monstruos a los cuales mis Pirulindas les pueden y les deben tener pánico; y sin embargo conozco a más de una que siente miedo a las cosas más inofensivas del mundo, como es por ejemplo la oscuridad, sin perjuicio de entrar intrépidamente en ese antro de peligros que es una cocina, en las horas de actividad.

A Teresita le gustaría guisar; afortunadamente para ella, (y para los que luego hubieran de comer lo que ella guisara) no la dejan; y se limita a «ayudar» con la mirada a la voluminosa Ramona, la cocinera.

Lo que hace Ramona en este momento es algo apasionante de verdad: está abriendo una lata de sardinas en conserva. Y Teresita la «ayuda», abriendo unos ojos desmesurados y sacando la lengua hasta la barbilla.

¡Crac! se ha roto la llave; hay que utilizar el abre-latas, al hacerlo, sin duda con cierta precipitación, Ramona se corta un dedo; sangre, taetán inglés... ¡Cuántas complicaciones!

Y Teresita declara: «Es una tontería eso de las latas de conservas; sería mucho más sencillo guardar las sardinas en una caja corriente, y que no hubiera más que destaparla, como las cajas de hojalata donde mamá guarda las galletas.

Lo que sí es una tontería es meterse a juzgar de las cosas que no se conocen; es lo que le pasa a Teresita; y a otras que no son Teresita ¿verdad? Bueno, no nos metamos en honduras.

(Si me perdonáis de antemano un chiste malo, diré que no nos metamos ni en Honduras... ni en Nicaragua).

Pues sí, la reflexión de Teresita es una tontería completa; la caja corriente de hojalata puede evitar que las galletas se ablanden, pero no las conserva frescas indefinidamente ni galletas, ni sardinas, ni nada.

Para ello, es preciso que la caja cierre herméticamente, es decir que no deje pasar el aire, que es lo que sucede con las latas de conservas. De modo que a pesar de la incomodidad de abrirlas, las latas son un invento admirable (si sois tan buenas que me perdonais otro chiste malo, os diré que una lata es algo admirable cuando la compramos, pero es muy desagradable cuando nos la dan).

Ahora que ese procedimiento de conservar las cosas impidiendo que las toque nada, ni el aire, no lo han inventado los hombres; existe ya en la naturaleza; las latas de conservas más perfectas son... ciertas frutas.

Hay algunas que están guardadas en cajitas herméticas de madera; me refiero a las nueces, las almendras, las avellanas; para que un insecto logre atacarlas, tiene que horadar la cáscara con el mismo trabajo con que los ladrones taladran las paredes de las casas.

Claro que nosotros, esa cajita de madera que encierra herméticamente la parte pulposa (o sea de carne sola sin hueso) la destrozamos en un segundo con un casco nueces o con una piedra o con lo primero que nos venga a mano.

Casualmente, en este mes es cuando empieza el triunfo de estas frutas tan sabrosas; aprovechemos la ocasión para utilizarlas en la confección de alguna golosina.

No sé por qué motivo ha de emplearse más en repostería la nuez y la almendra, que la avellana; precisamente, yo sé hacer cierta tarta de avellanas que es riquísima y cuya receta os voy a dar.

Primero, os aconsejo que casquéis vosotras mismas las avellanas; porque a lo mejor (¿quién sabe?) véis surgir de ellas cosas extraordinarias como le sucedió a la gentil Cascabelina.

No, no, Pirulindas queridas, no me pidáis que os cuente ahora la historia maravillosa de Cascabelina y sus avellanas; la dejaremos para el domingo que viene; de lo contrario no me quedaría hoy tiempo ni sitio para daros la receta prometida.

RECETA DE OCTUBRE

TARTA DE AVELLANAS

Se cogen 250 gramos de azúcar; seis huevos, y 250 gramos de avellanas; se tuestan las avellanas y se machacan, sin mondarlas.

Se trabajan las seis yemas con el azúcar; se les añaden las avellanas; se mezclan seis cucharadas grandes de fécula de patata con una cucharadita pequeña de levadura y se van echando, poco a poco, a la masa, a través de un tamiz; por último, se echa un poco de nuez moscada y las seis claras, batidas a punto de nieve.

La tarta se debe cocer en el horno, en un molde interiormente untado de mantequilla.

